

## TRANSMISIÓN DEL DECANATO

El 6 de julio de 1944 tuvo lugar en nuestra casa de estudios la asamblea de profesores titulares, suplentes y adjuntos, la que, de acuerdo con los términos de la convocatoria, procedió a elegir autoridades de la Facultad por el período 7 de julio de 1944 - 7 de julio de 1948.

Resultaron electos decano y vicedecano, respectivamente, los doctores Fernando Márquez Miranda y Enrique François; consejeros académicos titulares los doctores Enrique M. Barba, Eugenio Puciarelli y profesor Julio Caillet-Bois; consejeros académicos suplentes el doctor Francisco Fernández y los profesores Ángel J. Battistessa y Carlos F. García; delegado titular al H. Consejo Superior el doctor Juan E. Cassani, y delegado suplente al mismo H. Consejo el doctor Luis Juan Guerrero.

Esta lista de candidatos fué, en realidad, la única existente y la casi totalidad de los profesores la apoyó con sus sufragios. Así el decano doctor Márquez Miranda obtuvo 33 votos sobre 36 profesores presentes y cantidades similares apoyaron a la mayoría de los demás catedráticos designados para integrar los Consejos.

Antes de dejar cerrado el acto el nuevo decano dirigió la palabra a sus colegas, expresando sumariamente su programa de acción — dirigido a obtener la creciente dignificación de los estudios universitarios, su más alta jerarquía intelectual, — así como agradeció la confianza que ese voto casi unánime significaba en momentos tan difíciles en la vida de la Universidad.

El decano electo, doctor Fernando Márquez Miranda, asumió el cargo al día siguiente, en un acto sencillo, al que asistió numerosa y calificada concurrencia. El decano saliente, doctor Juan E. Cassani, pronunció breves palabras para agradecer a los profesores, empleados y alumnos la colaboración prestada, y destacar las condiciones intelectuales y morales del doctor Márquez Miranda, brillante egresado de la casa, que por mérito propio llegaba a la alta dirección de la misma. Agradeció el nuevo decano los conceptos del doctor Cassani, y expresó su decidido propósito de continuar trabajando con la dedicación y entusiasmo con que lo había hecho siempre, por el engrandecimiento de la Facultad.



HOMENAJE AL XXº ANIVERSARIO DE LA ORGANIZACIÓN  
DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y CREACIÓN DE LA  
REVISTA "HUMANIDADES", E INAUGURACIÓN  
DEL AÑO ACADÉMICO DE 1941

El 2 de mayo de 1941 tuvo lugar en el Aula Magna "Mariano Moreno" de nuestra casa de estudios el acto de inauguración del año académico correspondiente y de homenaje al XXº aniversario de la organización de la Facultad de Humanidades y creación de la Revista "Humanidades".

Durante el desarrollo del mismo usó de la palabra, en primer término, el Decano doctor Juan E. Cassani, quien dió la bienvenida a los nuevos alumnos, significándoles la trascendencia del acto realizado por cada uno de ellos al incorporarse a la Facultad, acto que implicaba —dijo— "un voto de consagración absoluta a los estudios desinteresados e intensos, cuyo fin primordial es el conocimiento del hombre y su cultura, para ponerse en condiciones de contribuir a mejorar estos últimos en la medida de lo posible". Destacó que la permanencia en la casa sólo se justificaba cuando se vivía "en íntimo contacto con los arduos problemas filosóficos, culturales y pedagógicos que la humanidad intenta resolver desde hace siglos, a fin de ayudar, más adelante, a otros hombres, en la tarea de buscar la esencia de sí mismos y descubrir los senderos que han de conducirlos a un estado mejor".

Se dirigió también el doctor Cassani a los alumnos recientemente egresados, para recordarles el carácter y las obligaciones de la misión a cumplir fuera de la Facultad.

Habló a continuación del Decano el Presidente del Centro de Estudiantes, profesor Elías Benmaor, y luego el Consejero, profesor Carlos Heras, quien hizo una acabada reseña de las causas determinantes del movimiento de renovación espiritual que dió por resultado la organización de la Facultad de Humanidades en 1920.

“Llevado al decanato de la Facultad el profesor doctor Ricardo Levene, —dijo— acometió de inmediato, con el dinamismo distintivo de su acción, la obra de transformación total de la Facultad, en forma tal que al año de vibrante y tesonera labor, cumplida en medio de las borrascas que caracterizaron aquel período de la vida universitaria, había surgido una nueva institución. Distinta de la anterior en sus fines, en el contenido de los estudios y métodos de enseñanza, renovada en su cuerpo docente, con un nuevo órgano de publicidad, ampliada en su función social, prestigiada en su jerarquía universitaria y también por haber comenzado a ejercer entonces, dentro de la Universidad, la gravitación espiritual a que tiene derecho, dada la universalidad de los estudios que en ella se cursan.

“Al organizarse la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación no se empleó la palabra fundación que se refiere más al aspecto material, porque hubo creación, palabra esencial para señalar lo nuevo y original que produce el espíritu y de perfecta aplicación en este caso por tratarse de una institución cuya finalidad es exaltar el predominio de los valores espirituales. La tonalidad del momento era de febril acción constructiva: los hechos sustituyeron a los documentos; no hubo, pues, acta de fundación, sino actos de creación.

“Las nuevas autoridades se abocaron de inmediato al cambio del Plan de Estudios, inspiradas en el propósito de abrir ancho camino al estudio y enseñanza superior de las Humanidades, como síntesis de la alta cultura filosófica, histórica, literaria y pedagógica que debía formar la base sobre la que se asentara el conocimiento puramente profesional, característico de la antigua Facultad de Ciencias de la Educación.

“Con el objeto de intensificar la formación humanística se aumentaron las materias de todos los profesados, conservando en todos ellos un núcleo de asignaturas comunes que, por su índole, daban, dentro de la especialización, el *mínimum* de cultura general imprescindible a todo profesor. Los profesados, unos cambiaron de denominación y otros se dividieron; el doctorado único y enciclopédico fué sustituido por la diversificación de las tres ramas fundamentales de las Humanidades, dando cauce al estudio vocacional. A fin de combatir el verbalismo dogmático de la cátedra y hacer que el alumno, verdadero sujeto de la enseñanza, tomara parte activa en la clase y formase su capacidad crítica y actitud para la investigación, se crearon los cursos de Seminario y Lectura y Comentario de Textos.

“Como decía el Dr. Ricardo Levene al elevar al Consejo Superior el nuevo plan, la Facultad “procurará infundir el amor al saber y el culto a la ciencia.”

“La nueva concepción de la Facultad requirió la fundación de un órgano de publicidad que fuese el exponente de su orienta-

ción. Apareció entonces *Humanidades*, que no era, ni es, revista, anales o archivos, tipos clásicos de los órganos universitarios, sino una publicación periódica destinada a reunir en sus páginas, mediante la colaboración de profesores, egresados, alumnos y especialistas, los resultados de las investigaciones y el planteo de los grandes problemas vinculados a las disciplinas del espíritu. Una colaboración del sabio profesor Juan Chiabra aparecida en el primer tomo, totalmente escrita en latín, sintetizó, en forma mucho más elocuente que el mejor programa, a qué tendencia ideológica respondía su fundación. *Humanidades*, como expresó alguna vez gráficamente su fundador, era la Facultad que salía a la calle a pregonar su nuevo espíritu. Los 28 tomos publicados hasta ahora documentan en la historia de la cultura argentina, el pensamiento directivo que presidió la obra emprendida en 1920; y han sido el vehículo de vinculación intelectual de la Facultad con los institutos similares del Continente y los intelectuales más representativos de América. Dos años después de *Humanidades* se fundó la *Biblioteca Humanidades*, cuya finalidad quedó expuesta en el prólogo al primer tomo escrito por Ricardo Levene. Su publicación, continuada hasta hoy, reúne en sus 25 tomos el aporte de la obra original escrita por intelectuales, profesores y egresados, que han enriquecido la bibliografía argentina con estudios de méritos reconocidos, debiendo destacarse la circunstancia que en varias ocasiones los autores han sido premiados en el concurso nacional de estímulo a la producción intelectual.

“Los 53 tomos de *Humanidades* y *Biblioteca Humanidades* integran la colección más valiosa y orgánica de las publicaciones universitarias aparecidas en el país y, su contenido, a falta de otros elementos de información, servirá para caracterizar la cultura argentina en los últimos lustros”.

Hizo uso de la palabra finalmente, en nombre de los egresados de la Facultad, la profesora señorita Nelba Benítez.



## HOMENAJE A LEOPOLDO HERRERA

Organizado por la Asociación de Ex-Alumnos de la Escuela Normal de Paraná, el 7 de julio de 1941 tuvo lugar en el Instituto Nacional del Profesorado de dicha ciudad un acto de homenaje al ex-profesor Leopoldo Herrera, consistente en la inauguración de un busto de bronce.

Representó en el acto a la Universidad Nacional de La Plata y a nuestra Facultad el profesor Juan Mantovani, quien pronunció el siguiente discurso:

“Traigo a esta sentida ceremonia la honrosa representación de la Universidad Nacional de La Plata, a la que perteneció Leopoldo Herrera, llamado a su seno por el luminoso espíritu de Joaquín V. González. El ilustre presidente universitario buscó en él, como en muchos otros, el valer intelectual y la autoridad científica necesarios para el desempeño legítimo de la enseñanza en la alta casa de estudios que fundara. Leopoldo Herrera trabajó junto con otros educadores esclarecidos —Víctor Mercante, Alejandro Carbó, Maximio Victoria— hijos de esta Escuela Normal, cuya obra ha alcanzado una significación histórica en la evolución de la cultura nacional.

“Traigo el encargo especial de su presidente, el Dr. Alfredo L. Palacios, de expresar la sincera adhesión de esa Universidad, que estima este homenaje de ineludible justicia.

“También se me ha hecho el honor de encomendarme la representación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de esa Universidad, en la que Leopoldo Herrera fué uno de sus profesores eminentes.

“En esa Facultad fuí su alumno en el estudio de altas disciplinas de interés pedagógico y valor cultural. Si no puedo decir, como es corriente en circunstancias iguales, que fuí uno de sus discípulos predilectos, puedo asegurar que él fué uno de mis profesores inolvidables, por el dominio de su saber y por la sugestión moral de su per-

sona. Por eso asisto a este homenaje con íntima emoción, y con la satisfacción profunda que produce la justicia que se cumple.

“Este homenaje, generosa iniciativa de la Asociación de Ex-Alumnos de la Escuela Normal de Paraná, es un acto de innegable justicia. Se honra a un educador que lo fué, tanto por las enseñanzas que impartió desde la cátedra como por la lección perdurable de su vida luminosa y superior.

“Vida luminosa la suya; no vida ruidosa. Vivió Leopoldo Herrera con la modestia de los grandes y la serenidad de los convencidos. Tuvo la inalterable convicción de que su vida debió ser como fué, y la vigiló cuidadosamente para que así fuese. Por eso vivió sin vacilaciones ni dobleces. Su conducta fué para él eje de su vida; para nosotros, su perenne lección, antes y después de su muerte.

“Para nuestro tiempo, de seducciones fáciles, la existencia de Leopoldo Herrera es prueba de cuánto es capaz una vocación cumplida. Para realizarla sin desvíos vivió la heroica soledad del estudioso, y un apego callado y tenaz a su noble misión.

Leopoldo Herrera fué educador por mandato irrevocable de su alma. Educador por ley interna de su existencia, por temperamento, por estirpe. Por eso fué destacado en las actividades del espíritu, en el cultivo de las ciencias y las letras, en la defensa de ideales políticos y patrióticos, en el amor a las tradiciones y progreso del país, en la execración de la injusticia. Fué también, junto con todo eso, humilde en la vida exterior.

Es que nuestra carrera, por su misma esencia, no produce grandes rendimientos materiales ni halagos exteriores. No está regida por la ley de la utilidad, sino por la del amor: del amor a la cultura y del amor a la juventud.

“La vida educadora es desinteresada entrega, silenciosa comunicación. Esa entrega es afín a la modestia, incompatible con la ruidosidad llamativa y presuntuosa, verdadero vicio, defectuoso brote del espíritu de los que enseñan sin el calor del alma, sin internas fuerzas. Parece ley inexorable que los educadores representen existencias abnegadas, contraídas con amor a la elevación de los demás, a veces con olvido de sí mismos. Olvido contagioso, porque no siempre los demás suelen recordarlos y estimarlos, aunque aprovechen y valoren los frutos de su obra.

“Pero esa entrega generosa, forma esencial de la vida del educador, tiene compensación. Compensación dentro de sí mismo, en la configuración de su vida. Nadie puede darse a los demás desde planos inferiores. No se regala la pequeñez. Es necesario vivir con dignidad y altura para poder dejar algo propio sobre el espíritu de los demás. Esto es, en su fondo, lo más elevado de la misión del educador. Por eso él debe tomar siempre el camino que conduce a lo más alto, como aconsejaba Platón a todos los hombres.



“Es este homenaje un acto conmovedor en nuestro tiempo. El éxito político o económico reúne siempre con rapidez voluntades numerosas para tributar honras por motivos accidentales. Más razón, legítima razón de justicia tenemos hoy para reunirnos junto al bronce que recuerda a un preclaro educador. Educador que sirvió al país también con su austera pluma de periodista y escritor.

“Un sentimiento de pura solidaridad nos congrega a los educadores de diferentes generaciones y épocas, tanto los que se formaron dentro del orden de las ideas que profesó y alentó Leopoldo Herrera, como los que se embanderaron en diferentes doctrinas pedagógicas o siguieron otras corrientes del pensamiento. Nos reunimos todos, sin excepción, enlazados por una común conciencia de justicia, y porque en el homenaje a un educador se honra, por encima de sus ideas, algo más profundo y fundamental: la actitud de su vida, el sentido de su existencia, que debe ser, como fué en Leopoldo Herrera, identificado con su misión. Ese sentido es viva realidad, poderosa fuerza, estímulo o sugestión para las generaciones nuevas en el momento en que recorren el delicado y azaroso curso de su formación. Así reciben, seguramente, los alumnos del Instituto Nacional del Profesorado y de la Escuela Normal de Paraná este busto, que desde hoy, como un espíritu potente, alentará la vida de esta casa y los afanes de la juventud que en ella estudia.

“A medida que nuevas ideas y nuevas exigencias, conforme al ritmo evolutivo de la cultura, nos alejan de las que inspiraron las actividades intelectuales de la época en que floreció brillantemente la generación de que formó parte Leopoldo Herrera, más cerca estaremos del ejemplo de su consagración fervorosa. Eso es lo perdurable, y en tiempos difíciles y contradictorios como los actuales, volver la mirada hacia las vidas ejemplares constituye una necesidad. Fortalecen el ánimo, llenándolo de optimismo’.

“Este acto conmovedor prueba también que los educadores, acostumbrados a enseñar el deber, honran sin condición ni demora a los que se consagraron a él, ajenos a todo desaliento. Cuando se trabaja bajo la dirección del alma, y no de aleatorios estímulos externos, no hay rutinas aunque se repita sin cesar la tarea en su obligado ritmo cotidiano. No hay repetición ni rutina cuando el alma se convierte en eje del trabajo. Éste no se mecaniza, y es siempre, en las leves como en las graves labores, acto creador.

“Es también reconfortante este acto porque se produce en nuestros días. Honrar la memoria de un maestro que hizo del espíritu y el estudio la materia de su vida, y de nobles ideales el lema de su siembra, es confiar en los valores superiores de la existencia humana. Es creer sin desmayo, a pesar del angustioso cuadro del mundo, que la materia, con sus extraños y ciegos poderes, tiene me-

nos valor que el espíritu mismo y que su obra insospechable. Pero como el espíritu exige la persona humana que lo sustente, realicemos los educadores, junto a este bronce evocador, un acto de fe: mantener, aunque nos cueste, nuestra confianza en el poder individual y social de la educación. La educación tendrá que redimir al ser humano, enseñándole a regular moralmente el uso de las grandes invenciones del intelecto y de la ciencia, para que no sea el espíritu el que crea los medios que envilecen al hombre. Para que lo más noble no sea autor de su propio aniquilamiento”.

## HOMENAJE A VÍCTOR MERCANTE

En oportunidad de cumplirse el 20 de septiembre de 1944 el décimo aniversario del fallecimiento del profesor Víctor Mercante, una comisión integrada por ex-alumnos suyos dispuso tributarle un homenaje el día mencionado, consistente en la colocación de una placa de bronce y ofrendas florales en el sepulcro que guarda sus restos en el cementerio de la Recoleta.

Asistieron al acto familiares del extinto y una numerosa y distinguida concurrencia. En el momento de descubrirse la placa recordatoria, hicieron uso de la palabra el doctor Julio del C. Moreno, en representación de la Escuela Normal de Paraná; el doctor Alfredo D. Calcagno por los ex-alumnos, y el doctor Juan E. Cassani en representación de nuestra Facultad.

### DISCURSO DEL DR. CASSANI.

“Traigo a este homenaje la adhesión de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

“Víctor Mercante organizó aquella casa como Sección Pedagógica y la elevó más tarde a la jerarquía de Facultad de Ciencias de la Educación, haciendo de ella el primer centro argentino de altos estudios que se dedicó casi exclusivamente a la investigación de problemas didácticos y de psicología aplicada.

“Fiel a su escuela filosófica y decidido a consagrar todos sus esfuerzos a la estructuración de una didáctica basada en ella, dió a sus colegas y alumnos un alto ejemplo de trabajo y sinceridad en sus minuciosas y sostenidas exploraciones de laboratorio y de las aulas escolares.

“El momento en que le tocó actuar le permitió estudiar en sus comienzos las normas pedagógicas que se habían enseñado en nuestras Escuelas Normales o que se difundían a través de las corrien-

tes de la pedagogía científica de la época. Sobre esa base elaboró su propio sistema que sirvió para dar a la enseñanza primaria argentina una orientación didáctica uniforme y duradera. En las cátedras de la Facultad y los trabajos que Mercante realizaba en sus laboratorios encontraba esa didáctica su fundamentación y su doctrina. Allí acudieron estudiosos de todo el país y de allí salieron centenares de maestros que llevaron a las aulas o a la dirección y el gobierno de la escuela primaria los principios y las normas de aquella didáctica. Otros lo llevaron a las aulas de la enseñanza media.

“Mercante y la Facultad de Ciencias de la Educación encarnaron, por consiguiente, el espíritu y las orientaciones básicas de un importante momento de la estructuración didáctica de la escuela argentina. Significaron también un valioso paso hacia la formación de una pedagogía argentina por cuya consolidación y autonomía frente a pedagogías extrañas estamos empeñados.

“La investigación pedagógica que prevaleció en los afanes de Mercante no le impidió ampliar la Facultad incluyendo en ella las disciplinas filosóficas y humanistas que, poco después, otros intensificaron o reformaron hasta dar a la casa su actual organización de la Facultad de Humanidades.

“Otras corrientes filosóficas y didácticas han venido, aquí y en todas partes, a modificar o suplantar las de la época en que Mercante inició la organización de la Facultad, pero sería injusto negarle por ello el mérito de su obra o la importancia nacional de la acción educadora que él llevó a cabo. Cualquiera sea el juicio que desde el punto de vista filosófico se emita sobre la fundamentación doctrinaria que él, en su momento, adoptó con entusiasmo, fe y patriotismo, estamos en el deber de reconocerlo como un auténtico valor nacional de nuestra pedagogía y como el organizador inicial de uno de los más importantes centros de estudios desinteresados que sirven a la patria investigando y tratando de resolver los delicados problemas de su cultura y de la orientación espiritual de sus hijos.

“Por todo ello, las autoridades de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación se adhieren al justo homenaje que hoy se le tributa.”

## HOMENAJE AL PROFESOR ARTURO MARASSO

Con motivo de haberse retirado de la docencia y de haberle acordado la Universidad Nacional de La Plata el título de doctor "Honoris Causa", un grupo de ex-alumnos del profesor Arturo Marasso organizó un acto en su homenaje, que tuvo lugar en el Aula Mayor de la Facultad, el 7 de diciembre de 1944.

Consistió dicho acto en una clase de Composición y Gramática, asignatura que estuvo a cargo del doctor Marasso durante más de treinta años.

Ante un público extraordinariamente numeroso, que colmaba el Aula, el maestro ocupó la cátedra para dictar, en medio de la emoción general, su "última clase", que versó sobre "La noche en la poesía de San Juan de la Cruz" y constituyó una brillante exposición.

Al finalizar, en testimonio de la admiración con que se ha visto su labor eminente en la cátedra y en las letras argentinas, la ex-alumna señorita Carmen Sánchez Viamonte, con breves y sentidas palabras, hizo entrega al doctor Marasso de un libro de poemas, conteniendo una selección de sus propias producciones, suscrito por más de ochocientos ex-discípulos y amigos.

## NECROLOGÍA

Durante los cuatro años últimos, en que "Humanidades" ha suspendido su publicación, han fallecido varios profesores de esta casa. Razones de espacio, no de sentimiento, nos obligan a diferir hasta el número próximo —que se repartirá casi al mismo tiempo que éste— su justa recordación. Hasta entonces vaya hasta esos colegas, Alfredo Franceschi, Rómulo D. Carbia, Leopoldo Longhi y Píladés O. Dezeo, nuestro conmovido recuerdo.

## HOMENAJE EN TILCARA

El Decano de la Facultad, doctor Márquez Miranda, ha resuelto aceptar una invitación del señor presidente de la comisión de homenaje a la memoria de los sabios arqueólogos Juan B. Ambrosetti y Salvador Debenedetti y trasladarse oportunamente a Tilcara, provincia de Jujuy, llevando la representación de nuestra Facultad. En el número próximo de "Humanidades" informaremos sobre el acto.